

**Joaquim Penina,
el fusilado de Rosario
(1901-1930)**

Nota biográfica

Joaquim Penina Sucarrats, nació en Gironella en 1901. Albañil de profesión y activo militante de la CNT, por negarse a ir a cumplir el servicio militar se convirtió en desertor. Perseguido por la policía española se exilia a Argentina en 1924, reside en Rosario y allí continuará su militancia anarquista. El 9 de setiembre de 1930, tres días después de que el general José Félix Uriburu diese un golpe militar e instaurase la primera de las varias dictaduras militares del siglo XX argentino, Penina es detenido y el mismo día será asesinado, por una cuadrilla de militares y policías, a las afueras de Rosario, su cadáver no aparecerá jamás.

Eduardo Colombo y Osvaldo Bayer en los dos textos que presentamos: «Joaquín Penina, el fusilado de Rosario» y «El culto por los asesinos», nos narran el itinerario vital y el asesinato de Joaquim Penina Sucarrats.

Eduardo Colombo (Quilmez, 1929), médico y psicoanalista, militante anarquista, editor de *La Protesta* en Buenos Aires y de *Refractions* en París; autor de varios libros, recientemente la editorial Klinamen ha publicado «El espacio político de la anarquía».

Oswaldo Bayer (Santa Fe 1927), autor de «La Patagonia Rebelde», «Los anarquistas expropiadores» (Virus editorial) y otros muchos libros; en Etcétera publicamos «El fin del pacifismo» (col. mínima n° 66).

Tanto Bayer como Colombo fueron perseguidos por las dictaduras militares argentinas teniendo que exiliarse, uno a Berlín y otro a París.

Joaquim Penina, el fusilado de Rosario

Eduardo Colombo

A Guillermo Savloff¹

La Junta Militar que tomó el poder en marzo de 1976 en Argentina, continuó y amplió el terrorismo de Estado que los grupos paramilitares de extrema derecha habían comenzado a instaurar algún tiempo antes secuestrando y eliminando opositores. La tortura sistemática, las prisiones clandestinas diseminadas por todo el país; el robo de niños nacidos en cautividad; el hecho que la inmensa mayoría de los secuestrados no apareciesen vivos; los cadáveres flotando en los márgenes del estuario, testimonios mudos del lanzamiento desde aviones al mar o en la desembocadura del

Río de la Plata, de hombres y mujeres narcotizados, toda esta barbarie; esta brutal represión que se abatió sobre la población, crea un clima de miedo que tiene un denominador común: *los desaparecidos*.

La gente desaparece, alguna vez se encuentran los cuerpos, generalmente no. Las «Locas de la Plaza de Mayo», devenidas más tarde «las Madres», que repetían todas las semanas su ronda ante el Palacio Presidencial, son las únicas marcas vivas² de estas 30.000 desapariciones.

Con el tiempo, al superarse las leyes «de obediencia debida» y la prescripción de delitos, fueron descubiertas algunas fosas comunes, algunos cuerpos y algunos responsables reconocidos. Así, los asesinados desenterrados llaman a otros muertos, a otros desaparecidos y se descubre que la eliminación de los que no se someten no empezó en 1976, sino que al día siguiente del golpe militar del general Uriburu en 1930 —primero de los cinco golpes de Estado perpetrados por el Ejército argentino en el siglo

XX— un obrero anarquista, Joaquín Penina, había sido fusilado en la ciudad de Rosario, y enterrado como NN (Non Nominato) en el cementerio local. Se le atribuye, entonces, el título de «primer desaparecido». Título seguramente excesivo porque se puede suponer razonablemente que ha habido otros que han sido ignorados por la historia.

La ejecución de Penina, totalmente silenciada por la historia oficial, era conocida en el movimiento anarquista; sabíamos que fue fusilado en «las Barracas de Saladillo» (Rosario), acusado de distribuir octavillas contra el golpe militar, pero no sabíamos casi nada más. Pregunté alguna vez a viejos compañeros de la región qué sabían de este asesinato, pero aparentemente nadie sabía nada más que el brutal hecho³. D. A. de Santillán habla de Penina en sus *Memorias*⁴ pero no aporta informaciones significativas.

Penina no será el único. La dictadura de los años 30, expresión de la reacción patronal y antiobrera, continuó con la aplicación de la ley

marcial y un tribunal militar reunido con prisas hará fusilar a Di Giovanni y Scarfo el 1 de febrero de 1931. Todos los anarquistas activos en la organización obrera o en la prensa fueron enviados o bien al presidio de Ushuaia, o son deportados, o tuvieron que exiliarse. Con los detenidos más rebeldes la policía aplica la «Ley Bazán»⁵. Solo quedan en la acción, aquellos que combaten con las armas en la mano.

Juan Antonio Moran, timonel de oficio, fue dos veces secretario general de la Federación Obrera Marítima y un anarquista muy activo, como tantos otros en este periodo en Buenos Aires y Montevideo, por ejemplo, por citar a algunos: Emilio Uriondo, Vázquez Paredes, el español González, Miguel Arcángel Roscigna, Astolfi, etc.

Moran fue arrestado en 1933 y, a principios de mayo de 1935, la justicia lo puso en libertad por falta de pruebas. Al salir de la cárcel fue secuestrado y su cadáver se encontrará dos días más tarde, con una bala en la nuca y mutilado. Ya vemos entonces el método que después será

aplicado en 1974-75, bajo el gobierno peronista, por la Triple A.

Los anarquistas Roscinga, Andrés Vázquez Paredes y Fernando Malvicini, detenidos en Montevideo son expulsados hacia Buenos Aires en diciembre de 1936. En Argentina los jueces decretan su libertad, pero son retenidos por la policía y transferidos de prisión en prisión hasta que su rastro se pierde. Un funcionario del Servicio Social habría dicho a los compañeros del Comité de Defensa de los presos de la FORA: «No os canséis, muchachos. Les aplicaron la ley Bazán. Fueron arrojados al fondo del Río de la Plata». Jamás se encontró sus cuerpos⁶.

La sombra de Penina vuelve a reaparecer, tímidamente y sin éxito, en 1975⁷. Un periodista, Aldo Oliva, poeta y corrector de las ediciones de una Biblioteca popular de la ciudad de Rosario, seguramente espoleado por el clima de violencia política de aquellos años, violencia totalmente encuadrada en la lógica del poder, se interesa por el asesinato de Joaquín Penina, este

tolstoiano comprometido en la tendencia no violenta del anarquismo. Sin duda hay diferentes tendencias en el anarquismo, pero los hechos demostrarían que la dictadura no hizo diferencias entre las «tendencias» del anarquismo revolucionario.

Oliva investigó entre los documentos y las publicaciones periodísticas donde encuentra testimonios y escribió un pequeño libro de 63 páginas sobre este crimen del régimen militar y la reacción de la sociedad «rosarina». El libro *El fusilamiento de Penina* fue editado en 1976 por las ediciones Vigil en la colección 'Testimonios, perteneciente a la Biblioteca popular donde trabajaba Oliva. Pero, la reacción militar estaba en marcha y no podrá difundirse, quedando almacenado en la Biblioteca. Algunos meses más tarde, en febrero de 1977, la Biblioteca popular, el local de las ediciones Vigil y una escuela primaria, recientemente creada por esta institución, son invadidos por la policía y puestas bajo el control de la Junta Militar que encarga este trabajo al coronel Alvarado. Los

miembros de la Comisión directiva van a la cárcel y todos los libros de la colección *Testimonios*, aún no distribuidos, así como todos los otros libros del depósito de la Biblioteca – unos 80.000 volúmenes en total– fueron quemados durante los días siguientes por los reclutas del 2º Cuerpo del Ejército. Penina desaparece por segunda vez.

En el año 2002, en una Argentina que apenas se recupera de sus heridas, el diario *La Capital* de Rosario, publica un artículo bajo el título *La muerte de Joaquín Penina, anarquista fusilado en Rosario*. Es el 6 de setiembre, día aniversario [el mismo día que el] del golpe militar de 1930. Sesenta y dos años han transcurrido sobre los restos de Penina.

Al año siguiente, hacia finales del 2003, por uno de esos azares que ocurren en [conoce] la historia, el libro de Oliva reaparece en el fondo de una caja. Había perdido la cubierta y la primera página, no a consecuencia de los estragos del tiempo, sino porque la persona que lo había escondido quería seguramente evitar, en

la medida de lo posible, la identificación de los editores.

En los periódicos se suceden diferentes artículos y Penina se convierte en «el Primer Desaparecido».

Joaquín Penina era un obrero catalán nacido en Gironella, España, el 1º de mayo de 1901. Albañil como su padre, emigró a Argentina, no se sabe bien si durante el año 1924 o 1925. Joaquín se instaló en Rosario e inmediatamente se adhirió a la FORA⁸. Se dice que su anarquismo era pacifista, «tolstoiano», que era vegetariano y no fumaba ni tomaba alcohol.

¿Tenía antecedentes policiales? Sí, en 1927 durante la campaña internacional por la vida de Sacco y Vanzetti fue detenido por haber distribuido *La Protesta*⁹.

Al día siguiente del golpe de Estado, Penina distribuía hojas mimeografiadas [ciclostiladas] por las calles de la ciudad (Rosario); dos días después la policía, de madrugada, arresta a Constantini y Penina en una modesta habitación; un tercer hombre, Pablo Porta, fue

«enchironado» al allanar un local de la Federación Obrera. La policía buscaba al autor de los panfletos; fueron violentamente golpeados. Se sabe que ninguno habló. Dos salen. Porta es retornado a España y Constantini a Uruguay.

Hacia las 22'30 horas de la noche, Penina es conducido al sur de la ciudad de Rosario bajo la vigilancia de un grupo de soldados mandados por el sub-teniente Rodríguez y bajo las órdenes del capitán Sarmiento¹⁰. Al final de un camino, le hacen salir del vehículo con las manos esposadas a la espalda. Penina queda bajo la luz de la luna. Es el 10 de setiembre de 1930.

Dos años después el subteniente Rodríguez relató la ejecución: «Yo ordené: ¡Apunten! Entonces el reo volvió la cabeza hacia la izquierda y, mirando con odio al grupo de soldados gritó: ¡Viva la anarquía!, con un pronunciado acento catalán. Su voz era firme, no vi temor. ¡Fuego! Ordené. Tres tiros».

Rodríguez le da el tiro de gracia y se dirige hacia su capitán y le dice: «he cumplido la orden»¹¹.

Sin duda el subteniente apaciguó rápidamente sus remordimientos. No había decidido nada. Estaba sometido a «la obediencia debida», esta negación del espíritu humano, esta ignominia.

Notas

¹ Este artículo se publicó en la revista *Refractions* n° 19, Diciembre del 2008 (París).

Guillermo Ernesto Savloff, fue asesinado por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina, grupo paramilitar de extrema derecha dependiente del gobierno de Isabel Perón), el 20 de enero de 1976, siendo profesor de Sociología de la educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Plata. Tenía 48 años y era padre de cuatro hijos. Fue miembro de la redacción del periódico anarquista

La Protesta y en la misma época, final de los años 50 y principio de los 60, organizó el Centro de desarrollo integral isla Maciel, dependiente de la Universidad de Buenos Aires, que realizó una importante labor de educación popular. En los años setenta, se asoció a la Biblioteca Popular José Ingenieros, por su iniciativa se fundó la Asociación de la Educación Libre (ADEL) cuya divisa era: «Hacia la libertad por la educación.» Se negó a exiliarse porque significaba interrumpir su labor educativa.

2 Todas no quedaron vivas, algunas de ellas fueron secuestradas en diciembre de 1977 (Azucena Villaflor, María Ponce de Bianco y Esther Ballestrino de Careaga), cuyos cuerpos lanzados al mar, fueron devueltos por las aguas a las costas de Buenos Aires e identificados en 2005 gracias a los test de ADN.

3 Hablo de los años 50 en Argentina. Edmundo Latelaro, activo militante de la FORA en Rosario, había conocido a Penina y las circunstancias de su ejecución; yo lo veía de

tiempo en tiempo pero no recuerdo de tener de él alguna otra información. El crimen fue denunciado en 1932, cuando la supresión del estado de sitio permitió las acciones judiciales (sin resultado), se publicaron folletos y la FORA realizó una serie de actos, pero poco a poco un velo de silencio recubrió esta historia.

⁴ Diego Abad de Santillán, *Memorias 1897-1936*. Planeta, Barcelona 1977, pp. 138-140-171.

⁵ «Ley de fugas» (el prisionero es liberado y se le asesina con el pretexto de que pretendía evadirse), llamada «Ley Bazán» en la Argentina de la época a causa de la tendencia a aplicarla que caracterizó al comisario de policía Fernández Bazán.

⁶ La mayoría de los datos referentes a los años 30 —excepto algunas informaciones personales— están tomadas del libro de Osvaldo Bayer *Los anarquistas expropiadores*, Virus editorial 2003. Entre los anarquistas mencionados en el texto, el español González que se escabulló por sus propios medios, se le vuelve a encontrar en

1944, en la columna Leclerc, en la liberación de París. El comisario Fernández Bazán será recompensado por Juan Domingo Perón en 1947, que lo nombró sub-jefe de la policía federal.

⁷ En 1974, ya fue editado, también en Rosario, un pequeño libro de Fernando Quesada, militante de la Federación Libertaria Argentina (FLA) que contenía todos los datos conocidos sobre el asesinato. *Joaquín Penina, el primer fusilado*, Grupo editor de estudios sociales, Rosario 1974. (De hecho, era una edición militante y por ello, desgraciadamente, con distribución limitada).

⁸ Federación Obrera Regional Argentina, de orientación anarquista.

⁹ El periódico anarquista *La Protesta* se publica desde 1897. Fue diario durante largos periodos.

¹⁰ El responsable directo de la ejecución fue el teniente-coronel Rodolfo Lebrero, jefe de policía de Rosario. El capitán Luis M. Sarmiento, inmediato superior de Rodríguez, fue

interceptado en 1932, durante un viaje en coche, por dos personas que descargaron sobre él sus armas al grito: «Recuerda Penina». Ver Fernando Quesada, op. cit., p. 93.

11 Según la versión del teniente Jorge Rodríguez, publicada en el diario *La Provincia*, Santa Fe, 1932. En Fernando Quesada, op. cit., pp 68-69. La mayor parte de los datos de Penina están extraídos del libro de Quesada y de los textos y guión para el documental *Hombres de ideas avanzadas*, de Diego Fidalgo.

El culto por los asesinos

Oswaldo Bayer

El culto de la Argentina oficial por los asesinos de rango es una constante. Al general Lavalle asesino de Dorrego –un mártir de la incipiente democracia– se lo premió dándole su nombre a una de las principales calles céntricas y un monumento justo frente al Palacio de la Justicia (un símbolo de esta Argentina mágico-realista) mientras que a la víctima se la mandó a los extramuros de Palermo de aquellos tiempos dándole su nombre a un callejón de tierra. El general fusilador pasó a ser un personaje romántico para la literatura, hablándose de su tristeza y la mala suerte de su destino. Sospechosamente muy poco tiempo después de los fusilamientos de junio de 1956 bajo Aramburu recomenzó el culto por el fusilador de Dorrego. Hasta se hizo una balada con acompañamiento de guitarra que cantaba al «romántico» y triste fusilador.

Al general Aramburu, por ejemplo, se le ha erigido un monumento y todos los aniversarios de su asesinato concurren representantes oficiales del gobierno de turno a hacer el consabido minuto de silencio (en vez de gritar la verdad de los asesinos de junio) y calles importantes llevan su nombre en varias ciudades. En vez del nombre de las víctimas, para que nos sirva de advertencia en el futuro, premiamos a los victimarios.

Pero, tal vez, la actitud más perversa de ponerse de rodillas ante los tiranos fue la decisión de bautizar con el nombre del militar José Félix Uriburu al puente que cruza el Riachuelo. El fascista uniformado que aprovechó las armas para derrocar al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen, quebrando así el orden constitucional nacido en 1916 tiene ahí su monumento. El déspota barato y brutal ordenó fusilamientos, cárcel y fue el que oficializó la tortura con la picana eléctrica de Lugones hijo, padre legítimo de los Patti y Bussi actuales.

Para vergüenza de todos nosotros, los miles que atraviesan día tras día el Riachuelo tienen que sufrir la ignominia de leer el nombre de quien ejerció la fuerza bruta contra la dignidad y la libertad. En mis manos tengo un folleto, amarillento ya, desde cuya tapa me mira un muchacho sonriente, con cara de campesino español, Joaquín Penina, el primer fusilado «por la barbarie uriburista», como está en la tapa de este cuadernillo editado por el Comité Pro Presos y Deportados de Rosario, en julio de 1932.

¿Quién era Joaquín Penina? Un albañil de 26 años, que vendía libros después del trabajo. Libros libertarios. Pero dejemos hablar al folleto: «Penina tenía alma de apóstol. Fue un profundo rebelde. Vivió de cerca la injusticia social, amó el alma proletaria más que la suya propia. Como quien se libra de un pesado lastre, desposeyó su espíritu de todo egoísmo. La solidaridad fue en él un hecho profundo y vivido. En cada violencia ajena templaba su carácter. Así se hizo rebelde. Su rebeldía sin ruidos, sin gestos vacíos,

pero de gran firmeza, se asentó en el dolor de muchos años tristes y dentro de su cerebro inquieto sólo vivió un deseo continuo: sembrar ideas. La dictadura lo sorprendió sembrando, para abrirle surcos de fuego en su carne y en su alma. Frente a la boca de sus pistolas, su rostro, sonriente siempre, enamorado de la vida a pesar de todas las injusticias, no pudo traducir rencor sino lástima hacia los criminales de la patria».

Joaquín Penina fue acusado de imprimir volantes contra Uriburu y de repartirlo. Lo que no hicieron los radicales que dejaron caer su gobierno ante un general que llegó a la Rosada con una decena de cadetes militares, lo hizo un obrero libertario. Militares y policías asaltaron la humilde habitación del albañil, lo arrastraron a la comisaría y a la noche lo fusilaron. Los autores del crimen tan vil fueron el teniente coronel Rodolfo Lebrero, el mayor Carlos Ricchieri (otro militar del mismo apellido, el general Ovidio Ricchieri sería uno de los más feroces representantes del sistema de desaparición de personas a partir de 1976); el capitán Luis

Sarmiento y los policías Félix de la Fuente, Marcelino Calambé y Angel Benavidez. Los militares y policías que allanaron la pieza del obrero Penina se llevaron como botín 600 pesos, que éste había ahorrado para pagar el pasaje de sus padres desde España. La misma práctica aberrante de los «muchachos» de Videla y Massera.

El jefe del pelotón de fusilamientos fue el subteniente Jorge Rodríguez, quien dos años después del crimen denunciará —como Scilingo sesenta años más tarde— los detalles del crimen y mostrará su arrepentimiento público haciendo la denuncia que recogieron los diarios. Señaló el subteniente que a él le tocó el fusilamiento por estar de oficial de guardia en la noche del 10 de setiembre de 1930. Se le aproximó el capitán Sarmiento para decirle que debía ejecutar «a un individuo». Al pedirle aclaración de quién se trataba respondió «es un anarquista que fue sorprendido mientras imprimía panfletos incitando al pueblo y a la tropa contra las autoridades que rigen el país».

El detenido fue llevado en un camión celular hasta las barrancas del Saladillo. El pelotón estaba integrado por el subteniente Rodríguez y tres soldados, no con armas reglamentarias, sino con pistolas Colt. El subteniente Rodríguez describió así los últimos momentos de Penina: «Fue bajado del camión y sintió el ruido de las cargas de las pistolas. Entonces yo, que lo tenía a un paso, lo vi abrir los ojos en mirada de asombro y rápidamente comprender. Dio un medio paso atrás y le vi morderse el labio inferior como si prefiriera sentir el dolor de su carne más no el temor. Yo iba detrás. Desde que lo había visto bajar, en mi frente y en mis ojos sentía que se había posado un velo de extrañeza y de irrealidad. No quise prolongar la valiente agonía de ese hombre. Ordené: ¡Apunten! Entonces el reo giró la cabeza hacia la izquierda y mirando con odio al grupo que presenciaba, gritó: «—¡Viva la anarquía! —su voz era templada, yo no vi temor.

«¡Fuego! —ordené, sin ver ya nada. Tres tiros»

Después de describir cómo le dio en la cabeza él mismo con el tiro de gracia, agregó el subteniente: «Todos nos acercamos hasta donde estaba el cadáver y alguien dijo: ‘Fue un valiente hasta el último momento’. Vestía pobremente: zapatos de caña; pantalón, no sé si de fantasía o marrón oscuro. Un saco también oscuro. Era rubio y de pequeña estatura. Representaba unos 25 o 26 años. De sus bolsillos se sacaron dos o tres galletas marineras muy duras y en parte comidas, y un giro de cinco pesetas para un hermano de Barcelona. El giro no llegó a mis manos ni sé tampoco quién se lo llevó».

Zaherido, humillado, robado, fusilado. Somos todos asesinos. Los argentinos somos derechos y humanos. Votamos en forma directa y secreta por Bussi y Patti. Después nos indignamos contra el estudiante Ahumada que pateó a su profesora. Cuando no es más que un aprendiz de Patti y Bussi y la sociedad que le damos nosotros.

Un grupo de amigos pedirá al Concejo Deliberante que cambie el nombre del tirano

asesino por el de su primera víctima: el obrero Joaquín Penina en el puente que une la capital con Valentín Alsina. Sería un principio para poder mirarnos en el espejo.

17 de Marzo del 2001

Para saber más:

Francisco Quesada: «Joaquín Penina el primer fusilado». Revista «Todo es Historia» n° 68 Buenos Aires 1972.

Francisco Quesada: «Joaquín Penina, el primer fusilado». Grupo Editor Estudios Sociales. Rosario 1974.

Aldo Oliva: «El fusilamiento de Penina». Puño y Letra Editorialismo de Base. Buenos Aires 2012. Se encuentra en pdf.

Documental: «Hombres de ideas avanzadas», de Diego Fidalgo. Oxímoron Cine 2007. Se encuentra en youtube en Canal de filosofía Rosario en 5 partes.

78



ETCETERA